

La silueta

Octavio Castañeda

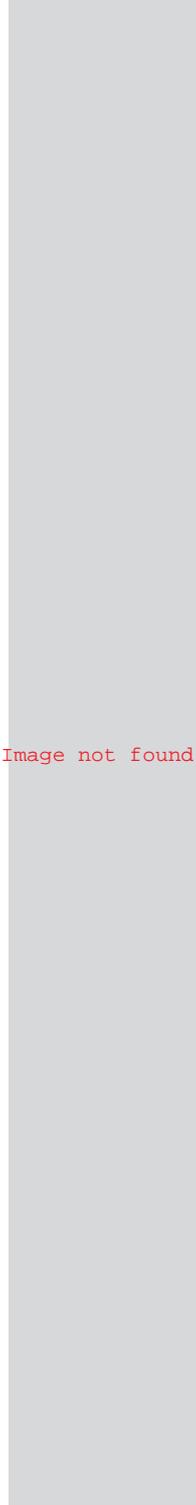


Image not found.

Capítulo 1

Cuando era joven, y mi marido y yo teníamos cuatro años de casados, yo me estaba quedando en una casa en un pueblo cuyo nombre he olvidado. Para ese entonces teníamos dos hijos, la pequeña Estelí de tres años, y Uriel de apenas seis meses. Mi marido, que ahora está muerto, en ese entonces trabajaba fuera del país, y me mandaba dinero cada cuando. Como yo era muy joven, y tenía dos hijos pequeños, me era imposible estar sola en una casa, por lo que unos tíos me dejaban quedarme con ellos siempre y cuando les diera unas monedas de renta. La casa era muy grande, y era tan vieja en ese entonces como yo lo soy ahora. Era de dos pisos y tenía cinco habitaciones; una de ellas estaba habitada por mis tíos, otra por una prima, otra mí y mis hijos, y las otras dos estaban vacías. La casa tenía muchas imperfecciones, pues algunas partes estaban destruidas; se dejaban ver los ladrillos hechos de adobe y algunos estaban cuarteados, los muebles hechos de madera, presentaban rasguños y manchas, y las esquinas de las paredes estaban repletas de telarañas. No era un lugar cómodo para vivir, pero era mi única opción, ya que en la casa de mi madre no cabían mis hijos.

Mis tíos solían dormirse muy temprano, y mi prima trabajaba de noche, por lo que estaba acostumbrada a estar sola con mis hijos en los momentos en que oscurecía el día. Uriel dormía muy temprano, y Estelí solía sentarse a dibujar, así que la casa se quedaba en total silencio. Debido a que en ese lugar no había electricidad, teníamos que encender lámparas de gas para que hubiera un poco de luz, pero los rincones de la casa se quedaban oscuros, y siempre creaban una atmosfera tétrica, pero eso jamás me importó, en aquel tiempo era común.

Una noche, ya pasadas las nueve, mi hija y yo estábamos cenando un caldo de pollo, mi prima ya se había ido y mis tíos se encontraban ya dormidos. Hacía algo de frío, por lo que apresuré a Estelí para irnos a acostar. Una vez terminamos de comer, y nos encontrábamos satisfechas, lavé los trastos con ayuda de mi hija, y después nos dirigimos a la cama, no sin antes tomar una lámpara de gas y apagar el resto. Quería subir las escaleras lo más rápido posible, pues mi hijo estaba acostado, arriba, solo en el cuarto, y quería cerciorarme de que estuviera bien; pero esas escaleras eran de madera, y si forzaba los pasos podría despertar a mis tíos. Cada paso era un estruendoso crujido, los tablones de madera eran tan viejos que crujían con tan solo rozar el pie, y aunque era exasperante, era mejor eso que pisarlos con fuerza.

Cuando llegamos a la habitación, encontramos a Uriel dormido, debido a que la cama estaba pegada a la pared, él tenía que dormir pegado a ella, al lado se acostaba mi hija, después yo, a la orilla de la cama. Mi hija y yo nos acostamos, debido a que esa noche hacía frío, nos cobijamos muy bien. Apagué la lámpara de gas y a continuación todo quedó totalmente

oscuro, la única luz que había, era el resplandor plateado de la luna, a partir de ese momento, todo quedó en absoluto silencio.

Recuerdo que ese día no podía dormir, me preocupaba como estaba mi marido, tenía meses sin recibir una carta suya, así que el insomnio me mantenía pensando. En la casa de mis tíos, había un mueble muy antiguo, de esos que eran de metal, creo que de aluminio, donde se guardaba la alacena, ese mueble era muy ruidoso, pues de una puertitas se atrancaba y había que jalarla con fuerza para poder abrirse, por lo que producía un sonido muy fuerte, como laminado, como si hubieran golpeado el mueble. Fue exactamente ese ruido lo que me sobresaltó esa noche, escuché como si alguien hubiera golpeado el mueble, o en su defecto hubiera golpeado la puerta; cualquiera que hubiese sido el caso, me causó un gran susto, no estaba preparada para escucharlo.

En principio creí que fue mi tío, él algunas veces baja a beber un poco de agua, pero me pareció extraño no escuchar sus pisadas, ni tampoco verlo pasar por la puerta de mi habitación, que estaba ligeramente abierta. A continuación comencé a sentir un escalofrío que me recorría todo el cuerpo, sentía como un frío y helado viento me recorría por los dedos, sentía las mejillas adormecidas.

Comencé a asustarme, se sentía una pesadez en la atmosfera, y comencé sudar frío. Tragué un poco de saliva a miré a mis hijos, ellos dormían cómodamente sin percatarse de que algo extraño estaba pasando. Cerré un poco los ojos y traté de tranquilizarme, no sabía porque comenzaba a sentir un gran miedo, como si algo me estuviera observando.

Cuando abrí los ojos, y miré a la puerta de mi habitación, no podía creer lo que vi, aun me tiemblan las manos de solo recordarlo. Había una silueta parada frente a la puerta, mirándome fijamente, y sonriendo, como si quisiera hacerme daño. No pude ver su rostro, pues estaba muy oscuro, pero sí pude ver esos ojos que me miraban, brillando por el reflejo de la luz de la luna. Estaba tan asustada, no sabía de quien se trataba, ni como había llegado hasta ahí, estaba paralizada, quería mover mis manos, esa cosa no dejaba de verme, ni yo a ella. Mi corazón latía con fuerza, mi cuerpo entero temblaba, y lo peor, fue que esa cosa comenzó a moverse, se estaba acercando lentamente a mí, quería gritar, pero mi garganta no me respondía. Me concentré lo más que pude, y logré mover unos de mis brazos, los estiré y levemente golpeé a mi hijo Uriel, pensaba que si lo despertaba, él lloraría y esa cosa se iría. Plan que me funcionó muy bien, cuando Uriel comenzó a llorar, y de paso despertó a Estelí, esa cosa se esfumó de la nada, y la paz volvió.

Al día siguiente me fui de esa casa, no le conté a nadie la razón, y jamás se lo he contado a nadie, pues aún me pongo a temblar al recordar lo había tras la puerta.